

# El Ave Áurica

Alan Palacios



Image not found.

## Capítulo 1

- El Ave Áurica •

Julia Mariscurrena había robado con éxito la llave de magal del despacho de su padre; el honorable señor juez Elah Mariscurrena de Anda. Se escurrió con el sigilo insonoro de la respiración de un gato joven. Había irrumpido para finalizar con un cúmulo incorpóreo de un pasado desbaratado. Julia Mariscurrena notó enseguida de dar unos pasos en el suelo de ébano el cambio de atmósfera donde se sintió más ligera, como si hubiese ayunado un par de días. Comenzó a hurgar con sus dedos álgidos los expedientes de juicios en curso, luego inspeccionó los libros antiguos de la repisa y terminó forzando los cajones del escritorio, al final halló su cometido. En un doble fondo de un cajón del escritorio encontró un libro con empastado de piel de pejelagarto, encuadernado al puntillado utilizando filamentos de cáñamo titulado: Aurum Scientia. Salió con el libro entre sus manos húmedas por el nervio y se dirigió a su habitación, donde le aguardaba un intento de acabar con lo que ya había terminado.

En los tiempos tempranos donde las primaveras eran soleadas, el aire helado y las nubes volaban con una incipiente coloración blanca. Una pequeña Julia Mariscurrena de facciones tiernas y con la voz y los ademanes de una niña de diecisiete años se había topado con un hombre de proporciones larguiruchas, de ligera joroba y una mirada taciturna rellena de inquietud llamado Damián Orinoco. El sujeto estaba llevando a cabo un experimento en el parque público. Volaba un artefacto que despedía un líquido amargo y transparente que debía cumplir con la función de ser un sistema anti plagas para los cultivos de fresas de la siembra decembrina. Un chorro solitario manchó el vestido de seda azul menta que Julia Mariscurrena tenía puesto mientras pasaba de largo, dejándolo apestoso e inservible para reutilizarse como vestimenta formal. El muchacho, extremadamente abrumado y apenado, le ofreció sus disculpas más encarecidas; y con la ternura de una inocente alma altruista le intentó limpiar con su camisa. El suceso, lejos de molestarle a Julia Mariscurrena, le provocó una abertura en su coraza recién petrificada por cosas de la nueva madurez y sin querer comenzó a pasar diario para encontrarlo a propósito, mientras el muchacho, por su lado, hacía lo mismo, inventando más sesiones experimentales de lo necesario para verla en el parque, siempre vestida de un color distinto, y siempre en miércoles. Dio inicio a un vals amoroso que recorría el tiempo como si fuesen caricias, tan suave y difuminado que ninguno de los dos se percató que el presente seguía su ritmo mientras ellos habían creado ya una nueva medición temporal. Una nueva manera de vivir, uno para cada uno

y solo entre ellos dos. Misma medición que jamás recuperarían una vez que mundo real les cayese como balde de agua fría cuando cuatro años más tarde se terminaran comprometiendo, siendo inaugurado, así, la cuenta regresiva a un estropicio irremediable de amor crudo. Meses antes de la boda, Damián Orinoco ya se había instalado en la casa grande de los Mariscurrena, donde instaló y configuró en el sótano un laboratorio industrial en miniatura para continuar la elaboración de complejos insecticidas. El ahora prometido se había ganado ya el cariño y la completa aceptación de toda la familia Mariscurrena gracias a su perspicacia para la plática. El señor juez tenía siete hijos; todos con un año de diferencia entre sí, siendo Julia Mariscurrena la menor con veintiún años. Diez años atrás todos habían quedado bajo la tutela del juez después de perder a la esposa y amor de su vida Mariana Arizpe en el primer huracán en Lirios después de cuarenta y cuatro años, en el cumpleaños cuarenta y cuatro de la madre. Mariana Arizpe fue encontrada sin vida a la mañana siguiente, en posición fetal, retozando entre los susurros huidos del viento sin misericordia sobre el pasto chapeado por el rocío del nuevo día. Desnuda, sin heridas ni marcas visibles de maltrato y con un rostro inmejorable lleno con la serenidad suficiente para saciar la ansiedad de un país en ruinas. Según testigos, levitó entre las navajas de viento y alcanzó a tocar las nubes para caer después como la última hoja de otoño.

—Murió mientras volaba —dijo el forense.

Así fue, voló por los aires, murió sabiendo lo que estaba pasando y quedó en la misma posición en la que durmió por primera vez en su vida. Para la demás gente quedó ese evento confinado a lo milagroso.

—Ella era tan hermosa en todo lo que hacía, que ni la muerte le pudo negar que se fuera de la misma manera —decía el padre siempre que miraba su retrato en la sala principal, lo decía siempre, aunque estuviese solo en la casa.

La familia tardó una década y un lustro en sobreponerse a un día que Julia Mariscurrena solo recordaba como uno muy ruidoso. Mismo día donde teniendo cinco años había conocido a la muerte en su forma más meticulosa. Aun así, una vez teniendo a Damián Orinoco viviendo ahí, la casa mantenía el hábito asfixiante de la soledad que había adquirido desde que la primera generación de los Mariscurrena dejó el purgatorio

terrenal. Ese momento fue crucial para la nueva pareja porque se descubrieron el uno al otro ante la agobiante tensión rutinaria de verse todos los días, en todos los lugares. De compartir el pan a diario, de salir todos los días al parque y caminar de regreso juntos al mismo lugar, de hacer amores con temor a ser escuchados, de verse encuerados sin lujuria y de hablarse solo despiertos porque ya no soñaban con el otro. Descubrieron que el tiempo se debía medir al paso de los demás mortales y sus nubes se disiparon en una precipitación de granizo de agua destilada. Fue un golpe de realidad duro, pero lo afrontaron con la misma fortaleza con la que el juez, muchos años atrás, afrontó la contrariedad de la familia Arizpe cuando fue a pedirle la mano a la madre sin nada más que cinco pesos en la bolsa y un anillo de fantasía recién comprado con un billete de veinte. Resistieron porque no había vuelta de hoja, eran piezas de un complicado acertijo que ahora ya estaban unidas.

Un día una joven llamada Lidia Barajas tocó el timbre una tarde durante la resolana de las siete. Ella era una muchacha de origen incierto y acento de otro tiempo que llegó a rastras a la puerta de la casa después de un recorrido de cien kilómetros. La prometida fue la que respondió al llamado de la puerta:

—Me contaron que aquí hay milagros —dijo con debilidad la mujer.

Julia Mariscurrena percibió su aliento sulfúrico y respondió molesta:

—Pues te contaron mal —finalizó cerrando de un portazo.

El padre preguntó si era el mensajero y ella le respondió:

—Era una bruja moribunda.

—No puedes dejar morir una bruja en el pórtico, ¿Acaso no has leído los relatos de los escribas de Lirios? Esas cosas se resuelven con un disparo de magal —terminó de decir el padre.

Julia Mariscurrena se limitó a sentarse para continuar con su lectura de herbolaria avanzada. Elha Mariscurrena echó ojo a la mirilla de la puerta principal con su pistola Tokarev TT-33 en la mano derecha y vio desde ahí

el fondo congelado de los ojos del ser más indefenso que hubo en ese momento sobre la tierra. Lo miró como si no hubiese ninguna puerta entre ellos y por un momento fueron solo dos en ese pequeño mundo. Abrió la puerta, miró a Lidia Barajas con ojo de halcón joven, alzó su mano derecha y la dirigió sin piedad hacia ella para perpetrar el acto más amable y más consecuentemente devastador que haría en el tiempo que le restaba de vida.

—Ven, ya es hora de la merienda.

Nunca nadie de la familia supo por qué Lidia Barajas había llegado en ese estado. A los pocos días ella recuperó gran parte de su salud. —Lo que pasa es que estaba enferma de soledad —decía el juez cuando Lidia Barajas no estaba presente. Al principio recibió miradas de recelo de parte de los demás habitantes, a pesar de eso, llegó para quedarse porque se ocupó de inmediato de las necesidades del hogar con la intención de remediar su irrupción. Todas y cada una de ellas por el simple y vago precio de ofrecerle alimento tres veces al día y un espacio para dormir. Una ganga en comparación con el precio de las señoras de servicio de aquella época. Liquidaron, pues, a doña Cecilia Lagos, que llevaba siendo la señora de servicio de la casa grande el mismo tiempo que llevaba la madre de muerta. Ella se fue de regreso a su pueblo, en las provincias tropicales del suroeste, donde llegó a morir en la primera noche que pasó ahí, justo en la misma casa donde pasó su niñez.

Lidia Barajas hacía uso de la telequinesis de la Escuela Clásica de Budapest para ordenar la casa entera en una fracción de tiempo mínima. La existencia de la telequinesis era de conocimiento de los Mariscurrena, sin embargo, les extrañó, porque se creía que eran prácticas extintas y solo de la gente de los Balcanes. A todos les pasó la novedad por la frente, a excepción del prometido que asombrado pasaba horas contemplando la magnificencia y la gracia de director de orquesta con la que Lidia Barajas sacudía el polvo, alineaba las estatuillas de yeso egipcio, reordenaba los muebles, lavaba los trastes y aromatizaba con zumo cítrico el vestíbulo. Damián Orinoco la observaba mientras fingía leer sus libros durante sus sesiones de estudio los martes a las cuatro sobre biología orgánica en la sala principal, y los jueves y domingos a las seis en el jardín trasero cuando estudiaba filosofía, mientras Lidia Barajas la hacía de jardinera en el patio trasero. Se encandiló primero de su magia, luego de sus desplantes furtivos, después de su piel dorada cuando le escurría el sol y al final de toda ella; confundiendo la maravilla por la versión tergiversada de un deseo torcido.

Un domingo por la mañana apareció en la cama de Lidia Barajas una canasta de mimbre repleta de fresas frescas traídas directamente de la cosecha de Manuel Canessa, el agricultor artesano de la zona sur de la república. Lidia Barajas sintió miedo ante tal regalo. Se sintió difusa porque había despertado una de las razones que la orillaron a quedarse en la casa grande. Pasó noches enteras pensando en una respuesta digna pero certera y como vuelta le regaló un libro hecho por ella llamado: Aurum Scientia. Buscando persuadirlo para que se ocupara en otras cosas. El libro contenía conjuros, recetas detalladas de pócimas e incluso procedimientos de transmutación orgánica. Ese regalo fue imperante en la vida de Damián Orinoco porque le arrojó una nueva salida a su frustración científica. Lidia Barajas había tenido un acierto momentáneo porque se dejó de ver a Damián Orinoco por semanas y las únicas noticias que escuchaba de él eran de su prometida que le bajaba religiosamente comida cuatro veces al día al sótano, donde desmenuzaba de pies a cabeza aquel libro. Durante su aislamiento, comenzó a profesar su letargo de amor reciente hacia Lidia Barajas. Haciendo uso del libro en combinación con sus conocimientos culinarios aprendió a preparar pócimas de felicidad con mermelada de piña o frambuesa, las enfrascaba en un contenedor de vidrio soplado que más tarde comenzó a dejar frente a la puerta de la habitación de Lidia Barajas, y cada miércoles le dejaba sobre la almohada izquierda de su cama un cesto de fresas con una nota amorosa en el fondo. Lidia Barajas no pudo evitar la andanza de su corazón inquieto que aleteaba sin control cada que algo de Damián Orinoco llegaba a sus manos. No obstante, ella nunca le dio más señales de interés y cuando se topaban de frente en la casa ella solo reaccionaba con una sonrisa forzada. Porque si bien no le debía nada a la prometida, le debía todo a la familia y no se iba permitir arruinar todo por una fuga de amor incierto y quizás fugaz.

Julia Mariscurrena altiva e inteligente, no tardó en notar el déficit calorífico de Damián Orinoco cuando compartían suspiros humeantes y la falta de peso en su mirada, que ahora se notaba más endeble y menos penetrante que como en los tiempos primerizos. Ella entre sus labores personales comenzó a analizar el comportamiento de su prometido y fue hasta entonces que sintió la energía oculta hacia Lidia Barajas. Como todo mal infiel, se alejaba más de lo normal de la amante que de cualquier otro ser humano cuando la esposa andaba cerca.

Todo llegó a su tormenta un sábado de llovizna fría cuando comenzó a tener un sueño recurrente. Se soñaba regresando de su viaje mensual de la capital. Cuando entraba a su casa se percataba de un camino de

desorden que conducía hasta la habitación de Lidia Barajas. Confundida caminaba hasta la entrada del cuarto y veía a su prometido y a Lidia Barajas hablando con la antigüedad de una charla inevitable. Cuando quería entrar más para escuchar sus voces ella solo despertaba. Todos los días el mismo sueño. Fue tanta la costumbre de soñar lo mismo que no tardó en intentar varias cosas y después de varios experimentos, durante un sueño, se le ocurrió tomar la pistola Walther P38 de la repisa de su padre y desde el marco de la puerta descargó de nueve tiros el arma, ocho de los que tenía el cartucho y un noveno por simple capricho sobre aquella pareja furtiva. Se aproximó solo para observar cómo ninguna bala había acertado y se congeló a causa del silencio ensordecedor mientras veía cómo Lidia Barajas alzaba su mano contra ella y la arrojaba a la perdición con todo el poder de su mente. Después de eso solo empeoró porque el siguiente sueño que tuvo ya no los encontró platicando sino en una situación completamente absurda y obscena. Julia Mariscurrena fue testigo de cómo sus cuerpos jugaban entre sí en un sinfín de combinaciones y dejó de observar entre lágrimas cuando los dos pares de ojos con cuerpos entrelazados se giraron tal siamés a mirarla con mofa. Julia Mariscurrena despertó sola esa noche a gritos ahogados. Cubierta de un sudor tierno que le había brotado en la nuca.

Se incorporó y notó dos charcos monzónicos de lágrimas que habían atravesado la sábana y el colchón hasta el suelo. Se levantó a la cocina por un vaso de algo, no tenía sed, solo quería una excusa mental para caminar al fresco de la casa. Se topó con la sala tenuemente iluminada de luz naranja. Eran las tres de la mañana y lo único que se podía oír era el trasteo de los utensilios de Damián Orinoco que seguía trabajando en el laboratorio. De regreso vio la puerta de Lidia Barajas entre abierta y una vez ya en cama escuchó ruidos en el jardín, se asomó por la ventana y vio a Lidia Barajas con un manojo de papeles y un cesto vacío. En ese momento Lidia Barajas dirigió su mirada a la ventana donde Julia Mariscurrena estaba espiando y ésta de un solo movimiento saltó a la cama. Cuando volvió a mirar, Lidia Barajas ya se estaba metiendo a la casa. No se sabe cómo Julia Mariscurrena halló las cartas esa misma noche sin tanto alboroto y sin dejar marcas en el pasto, pero una vez en su poder leyó todas y cada una de ellas al menos tres veces y hasta la cuarta pasada cayó en cuenta de que no se trataba de un capricho carnal. En las cartas le habló de un deseo tan sincero que no creyó que Damián Orinoco pudiera querer a otra con más intensidad que a ella. Solo entonces, todo el miedo al dolor que ya había suprimido y que había guardado hasta en el espacio más recóndito de su ser, le cayó como avalancha masacrando hasta los huesos lo poco que le quedaba de felicidad. Algo se había roto dentro de ella. Fue cuando el auge del estropicio amoroso preparaba su descenso en caída libre. Esa misma noche, un par de horas más tarde, Julia Mariscurrena, temblando en cuclillas, permanecía escondida en el laboratorio detrás de un anaquel con

frascos rellenos de embriones de mamíferos transmutados a la espera del momento ideal. Damián Orinoco estaba en su treceava hora de labores ininterrumpidos. El hombre estaba mezclando en un pote inmenso un líquido color oro sobre una escalera de unos tres metros de altura. Julia Mariscurrena salió entonces de su escondite con el control del universo en sus manos, dándose tiempo de analizar su área de trabajo. Leyó la receta que estaba siguiendo el prometido con título "Restituere" y no tuvo que esforzarse demasiado para darse cuenta de que era la letra de la desgraciada Lidia Barajas: "¡Vaya sarta de pendejadas!", dijo en voz baja y aventó el libro de un manotazo. Tomó la escalerilla con las manos y gritó: "¡Buen viaje!", y con las fuerzas contraídas por un dolor enfermizo, sacudió la escalerilla con ruedas. Damián Orinoco no logró entender lo que estaba pasando porque cuando comenzó a darse cuenta su cara estaba ya metida en el pote dentro de la incompleta pócima áurica en su pleno hervor. Julia Mariscurrena observó el arte de la pesadumbre de la venganza y dándolo en avanzada por muerto huyó de ahí. Al subir encontró que alguien había tomado las cartas y que Lidia Barajas ya no estaba en la casa. No regresó nunca más a vivir en ese lugar. El suceso levantó mucha sospecha y por un tiempo Lidia Barajas fue prófuga de un crimen que provocó sin querer. No hallaron el cuerpo del prometido y constó en el acta que su cuerpo se había derretido en la pócima. Doce horas más tarde la sustancia se solidificó en un metal duro y tuvieron que volver a fundirlo para forjar algo más presentable y que pudiera suplir el cuerpo del fallecido en las ceremonias de despedida.

Después varios años comenzaron a aparecer cartas en la habitación de Julia Mariscurrena que le juraban arrepentimiento y adoración eterna siempre acompañadas con una pluma de ave negra, su padre se las adjudicaba al fantasma del fallecido: "Solo un fantasma arrepentido puede profesar amor desde el más allá". Pasó un lustro y Julia Mariscurrena seguía siendo acosada por las cartas de amor de Damián Orinoco fantasma. Ella empezó a sentir fastidio y lástima por ese pobre muerto porque comenzó a llorar a su lado cada noche, cambiaba las cosas de lugar y en una ocasión se vio reflejado en el espejo de su cuarto, después de eso, durante el día, se podía ver su sombra sonámbula contemplando el jardín y deambulando por los pasillos dejando un olor a etanol. Julia Mariscurrena pudo haber dicho muchas cosas en su defensa, pero lo cierto es que desde el momento en que conoció a Damián Orinoco nunca volvió a amar a nadie más ni siquiera después de la muerte. Aun así, no quiso saber más y en un intento de sanación a su hartazgo decidió sofocar de tajo el renacimiento pueril de ese amor pútrido. Fue entonces que comenzó la búsqueda de aquel libro de conjuros que alguna vez Lidia Barajas había hecho y regalado con la mejor intención del mundo a su prometido. Porque sabía por susurros de su memoria que Damián Orinoco le había mencionado en alguna ocasión que había encontrado un conjuro para matar a los fantasmas. En su momento le pareció hilarante porque

no creía en la posibilidad de tener que matar a alguien sin vida. Después de gastar horas eternas registrando la casa solo le quedó una opción. Fue así como comenzó el plan para penetrar en la habitación más privada de la casa: El despacho de su padre, el señor juez Elah Mariscurrena de Anda.

Julia Mariscurrena bajó con el libro y se enclaustró en su habitación para leer de pies a cabeza el libro hasta hallar el conjuro que necesitaba. Lo encontró en la página cuatrocientos cuarenta y cuatro, el conjuro se llamaba: "Restituere". Recordó sin piedad de sí misma ese día donde asesinó a sangre tibia a su prometido y se preguntó por qué carajos él preparaba una pócima para un conjuro que sirve para matar fantasmas. No vivió para saber ese misterio. Después de quince horas de trabajo en el sótano solo quedaba dejar a fuego lento por dos días la mezcla áurica para después verterla en el pentagrama que había dibujado con tiza china y aclamar un verso en latín que Lidia Barajas había redactado con certeza. El día siguiente fue el Día de la Revolución, la familia se había tomado el fin de semana en las islas de la República Criática, pero ni Julia Mariscurrena ni su padre habían accedido ir; una por seguir un luto forzado y para poder vigilar su mezcla y el otro por ser invitado de honor en la ceremonia conmemorativa en el Zócalo de la ciudad. El padre había salido por la mañana dejando a su hija sola; horas más después, a pleno sol de la una de la tarde, mientras Julia Mariscurrena tendía la ropa en el amplio traspatio repleto de azahares y girasoles, vio la silueta divina de un pajarraco volador sin plumas en la punta del cielo. Al verlo bajar en una danza celestial cayó en la cuenta de que se trataba del fantasma de Damián Orinoco. Vio cómo el ave poco a poco iba aterrizando a escasos metros de ella dándole la espalda. El pajarraco comenzó a armar con torpeza adolescente un ramo con los girasoles más bellos. Julia Mariscurrena observó al ave denotando su solidez y su magnitud desplumada, admiró la estructura esquelética de sus alas y después le fue imposible pensar que ese ente fuese un fantasma. El ave se giró y de manera tosca le entregó los girasoles. Lo reconoció por el fondo apartado de sus ojos taciturnos, se trataba de Damián Orinoco. Sin dejarse llevar por la apariencia de la criatura que cubría su alma con piel rosada y pico de oro ella le rehuyó haciendo un gesto de asco inconsolable, más por orgullo que por razón, para después acabar con su propio corazón:

—Sigues muerto para mí —le dijo al ave sin poder evitar sentir su alma gotear.

Sostuvo la densidad en su mirada y Damián Orinoco vibró desde sus extremidades hasta su núcleo, donde algo dentro se rompió, exactamente lo mismo que a Julia Mariscurrena años atrás, y de un zarpazo la tomó con sus garras y la zarandó por toda la casa dejando lágrimas de zafiro por todos lados. Al final entro a la casa surcando a toda velocidad por todos los pasillos y la arrojó al sótano, voló sobre las largas escaleras y se hundió en la oscuridad. El ave no pudo finalizar con el asunto porque su energía era limitada y debía descansar, entonces subió al cuarto de Julia Mariscurrena y durmió un rato sin tener pesadillas. Cuatro horas más tarde, Elah Mariscurrena entró por la puerta principal y notó los tiernos ecos de la tempestad habida. Salió confundido al traspatio, se bañó con el último rezago solar que se colaba en los resquicios de las ramas de los árboles frutales y admiró la estética del desorden que había dejado el ente sin plumas. Regresó al interior de la casa y escuchó un rumor de una respiración alterada por la resonancia muerta de una habitación apartada. Se dirigió enseguida a la entrada del sótano, una vez ahí, sintió el efluvio infernal causado por la putrefacción cáustica de la misma pócima hervida con la que murió el prometido y pudo escuchar ya sin tanta reverberación la respiración moribunda de su hija. Prendió el foco de luz amarilla y observó a un ave quimérica chorreada de agua dorada que hacía sonidos con la misma voz que su hija. Elah Mariscurrena miraba horrorizado aquella escena mientras caía de rodillas y antes de poder articular una palabra, su cuerpo fue arrojado hacia atrás con extrema violencia por una garra solitaria. Elah Mariscurrena vio todo en cámara lenta mientras volaba a toda velocidad, no vio su vida pasar rendida ante sus ojos, ni curó sus arrepentimientos; a lo que dedicó su último segundo de vida fue para maldecir: "Hijos de puta", para después estrellarse en la pared de ladrillos de la sala principal causándole una muerte indolora. Damián Orinoco entró volando hasta donde Julia Mariscurrena yacía con sus alas atrofiadas y se aproximó para darle fin. Justo antes de que pudiera tocarla con el hálito de la muerte, el pajarraco colérico quedó suspendido en el aire. En la entrada, Lidia Barajas miraba llorando y con la mano en alto.

—Tanto es tu amor insano que te das el derecho divino de sofocarlo hasta la muerte —le dijo a Damián Orinoco.

—¿Y tú con qué puto derecho te vienes a parar aquí? —alcanzó a decir Damián Orinoco entre dientes—, no eres ni de este tiempo.

—¡Cállate! —respondió Lidia Barajas dejándolo sin voz.

En la discusión, Julia Mariscurrena aprovechó para levantarse y extender sus nuevas alas fluorescentes gracias a un rezago de energía jovial. Admiró sus alas negras como el pozo de sus ojos. Miró a Lidia Barajas y ella solo respondió con la misma mirada piadosa con la que su padre le había dado un hogar. Sin pensárselo dos veces Julia Mariscurrena se precipitó y comenzó masacrar a Damián Orinoco con sus garras y su pico bañado en oro. Descargó todas sus penas e injurias que le provocó

Damián Orinoco en vida, en la muerte y en la resurrección, convirtiéndolo todo en una violencia inhumana ajena de su propia naturaleza, pero que ahora le había dado una razón para vivir porque si algo podía hacer Damián Orinoco era regresar a la vida para que ella pudiera matarlo de nuevo. A la par que Julia Mariscurrena dejaba fluir su odio mientras asesinaba sin piedad a Damián Orinoco, sus plumas iban cayendo una a una y cada vez más de prisa a medida que su furia aumentaba. Cuando por fin su última pluma tocó el suelo, Lidia Barajas liberó la energía que aprisionaba a Damián Orinoco. Consciente en su totalidad de él que aún tenía el vigor suficiente para pelear contra su amada por vivir, aunque ninguno tuviera ya razones para ello. Algo era cierto; a Lidia Barajas le seguía maravillando la ironía de esos menesteres amorosos, siempre maliciosos e impredecibles, pero nunca aburridos porque por contraria que pareciese el panorama nunca había una luz al final del túnel. Se trataba entonces de eso: la diversión de entretenerse en la oscuridad buscando a ciegas lo que no había y con la pérdida de que aun encontrando ese algo no garantizaba ni la más mínima felicidad porque así no es cómo la vida funciona.

Se soltó entonces una cruenta batalla a muerte entre las dos aves, donde Lidia Barajas gozó por pocos segundos, antes de huir, la ironía implacable de aquella escena llena de aleteos y revoloteos donde los dos amantes se volvían a enamorar mientras se mataban el uno al otro.

Fin.